LIBROdot.com

El candelero de plata

**

José Asunción Silva

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El candelabro de plata

Nunca he podido dominar mis impulsos.
En este sentido me reconozco un sujeto primitivo, puro (o bestial), incapaz de adaptarse al florido mundo, donde para tranquilidad de la hermosa gente se cultivan con sensatez todas las formas del buen gusto, la hipocresía y el cinismo.
Pero, al menos, hoy he comprendido algo; lo he comprendido después de lo que paso esta noche; soy un hombre bueno.
No lo digo, no escribo esto, para justificar nada.
No.
De ocurrirme semejante cosa debería admitir que yo mismo repudio lo que he hecho, y no es cierto, y aunque fuera cierto: acabo de hacer feliz a un miserable, quién podría juzgarme, quién sobre la tierra (quién en el Cielo) se atrevería a juzgarme.

Mejor, vayamos por partes. Todavía estoy borracho perdido: pero tratare de ser coherente.

Todo empezó esta misma tarde, es decir: la tarde de ayer, puesto que ahora deben ser las tres o las cuatro de la mañana.

Madrugada del 25 de diciembre de 1956. Navidad. Sobre la mesa, Todavía quedan restos de la insólita fiesta. El candelabro de plata --más anacrónico que nunca en medio de la suciedad y la pobreza que lo rodea-- parece ocuparlo todo ahora.
Nunca he comprendido por qué este candelabro no ha ido a parar, como las otras pocas cosas heredadas de mi padre, al Banco de

Empeño, o al cambalache. En esto, pienso, se parece a la conciencia. Creo que ya nunca voy a poder desprenderme de él.
Digo que empezó a la tarde. Vagabundeaba yo por los zaguanes más sórdidos del Dock, cuando, al escuchar unos gritos y risas que venían de un cafetín de los muelles, reparé en la fecha.
Paradójicamente, me vi en el viejo parque de nuestra casa.
Las luces, las esferas de colores: recordé todo eso, recordé el portalito que yo mismo, mezclando hasta el absurdo ríos azules y arpilleras nevadas, construía todos los años en mitad del jardín (me acuerdo ahora del Dios-Niño, siempre espantosamente grande en relación a su divina madre, como justificando al fin lo milagroso del alumbramiento), y sentí un asco tan profundo por mi vida que --como quien se lava-- decidí celebrar mi propia Nochebuena.

La idea parecerá trivial, pero a mi me apasionó y, antes de las diez, también había fiesta en este innoble agujero donde vivo. Con orgullo pueril, de chico, me senté a contemplar el espectáculo. El candelabro labrado, en el centro de la mesa, parecía irradiar su antigua nobleza hacia todos los rincones.
Al principio me sentí bien: era una sensación extraña, como de paz –un gran sosiego--, pero poco a poco empecé a preocuparme.
Qué significaba todo esto, para qué lo había hecho: para quién; podría jurar que en ese preciso instante supe que estaba solo.
Y por primera vez en muchos años necesité, imperiosamente, de alguien.
Una mujer.
No. Rechacé la idea con repulsión.

Hubo una sola capaz de ser insustituible (capaz de no ser insoportable) y esa no vendría ya. Nunca vendría. Entonces recordé al viejo checoslovaco.
Lo había visto muchas veces en uno de esos torvos cafés del puerto que suelo frecuentar cuando, embrutecido de ginebra, quiero divertirme con la degradación de los demás, y con la mía.
Pobre viejo: semioculto en un recoveco, siempre igual, como si formase parte de la imagen infame de la cantina, fumando su pipa, mirando fijamente un vaso de bebida turbia.
Nunca habíamos hablado.
Jamás lo hago con nadie --llego y me emborracho solo, a veces también escribo alguna cosa absurda que después arrojo al primer tacho de basuras que encuentro a mi paso--;
pero yo sabía que él me miraba.
Era como si una ligazón muda, un vínculo invisible y misterioso, nos uniera de algún modo.
Al menos, teníamos una cosa en común, dos cosas: la soledad y el fracaso.
El viejo checoslovaco; ése era el hombre que yo necesitaba.
Cuando llegue frente a la roñosa vidriera del negocio, lo vi. Ahí estaba, tal como lo había supuesto. Una atmósfera desacostumbrada rodeaba al viejo --también allí se regocija uno de que nazca Dios, de que venga y vea cómo es esto--: una mujer pintarrajeada se le acercó y, riendo, le dijo alguna cosa; él no pareció darse cuenta.
Sí, ése era mi hombre. Me abrí paso entre las parejas.
Enormes marineros de ropas mugrientas, abrazaban a mujerzuelas que se les echaban encima y reían.
Alguna de ellas, dijo: ‘‘ ¿Quién te crees vos que soy?" y, adornando con un insulto bestial, le respondieron quien se creían que era.
No podía soportar aquello: por lo menos, no esta noche; pensé que si me quedaba un solo segundo más iba a vomitar, o a golpear a alguien o a llorar a gritos, no sé.
Llegué hasta el viejo y lo tomé del brazo:
--Te venís conmigo- le dije.
Mi voz debe de haber sido insólita, el hombre alzó los ojos, unos ojos celestes, clarísimos, y balbuceó:
--¿Qué dice usted, señor?
-- Que ahora mismo te venís conmigo, a mi casa, a pasar una Nochebuena decente.
-- Pero, ¿cómo, yo con usted?
Casi a rastras lo saqué de allí. Nadie, sin embargo, nos prestó atención.

Faltaba algo más de una hora para la medianoche.
El viejo, cohibido al principio, de pronto empezó a hablar.
Tenía un acento raro, dulce.
Se llamaba Franta, y creo no haberme sorprendido al darme cuenta de que no era un hombre vulgar: hablaba con soltura, casi con corrección.
Acaso yo le había preguntado algo, o acaso, rota la frialdad del primer momento (para esa hora ya estábamos bastante borrachos), la confesión surgió por si misma.
El hecho es que habló.
Habló de su país, de una pequeña aldea perdida entre colinas grises, de una mujer rubia cuyos ojos --así lo dijo-- eran transparentes y azules como el cielo del mediodía.
Habló de un muchachito, también rubio, también de ojos azules.
-- Ahora será un hombre --había dicho--.
Hace treinta años, cuando vine a América, el apenas caminaba.

Dijo que ese era su último recuerdo. Bebi&ocute; un trago de champán y agregó:
-- Y pensar, señor, que ahora tiene un hijo...
Qué cosa. Y yo me los imagino a los dos iguales, qué cosa.
Yo pensé entonces en aquel nieto: ojos de cielo al mediodía, cabellos de trigo joven.
De qué otro modo podía ser. Solo que el viejo Franta, difícilmente iba a comprobarlo nunca.
Dije: -- Pero, ?Como te enteraste de ellos?
-- El capitán de un barco mercante, señor, me reconoció hace un mes.
Yo pensaba, me acuerdo, como era posible reconocer en ese pordiosero que tenía delante, en ese viejo entregado, roto, la imagen que dejó en otro treinta años atrás.
Y ahora pienso que siempre queda algo donde hubo un hombre, y quién sabe:
a lo mejor, a mi también me va a quedar algo cuando, como el viejo, tenga la mirada turbia y le diga "señor" al primer sinvergüenza bien vestido que me hable.
Pregunte: --¿Y no intentaste volver? ¿No trataste...?
Él me miró, perplejo; después, a medida que hablaba, su cara fue endureciéndose.
--Volver. ¿Volver así?
Usted lo dice fácil, señor; pero es.... es muy feo.
Volver como un mendigo --el tono de su voz empezó a ser rencoroso--, un mendigo borracho, ?sabe?, que en la puerta de la iglesia pide por un Dios en el que ya no cree...
No, señor.
Volver así, no.
Ella, Mayenko, se murió hace mucho, y mejor si allá piensan que yo también me morí hace mucho...
--hizo una pausa, ahora hablaba como quien escupe--.
Yo me jugué la plata que había juntado para hacerla venir, ¿sabe?, y entonces ella se murió.
Esperando. ¿No ve que todo es una porquería, señor?
La palabra es una caricatura miserable.
Quién puede explicar con palabras, aunque este contando su propia vida, todo lo que induce a un hombre a entregarse, a venderse todos los días un poco, hasta llegar a ser como vos, viejo.
Cuántas pequeñas canalladas, cuántas porquerías imperceptibles, forman esa otra gran el alma.
Pobre alma de miserables tipos que ya han dejado de ser hombres y son bestias, bestias caídas, arrodilladas de humillación.
Dijiste: -- Qué vergüenza, señor.
Eso dijo: qué vergüenza.
Y después agregó no poder matarse.
Para el viejo Franta yo era algo así como un millonario, tal vez un poco desequilibrado y algo artista (mis ropas, la manía que tengo de escribir en los tugurios, y acaso el candelabro, le habían hecho suponer semejante desatino), yo era un loco con plata, digo, que buscaba literatura en los bajos fondos de Buenos Aires.
Y entonces empezó a darme vueltas en la cabeza aquella idea que, más tarde, se transformaría en un colosal engaño.
Pero antes quiero decir algo: miento prodigiosamente.
Y es natural.
La fantasía del que está solo se desarrolla, a veces, como una corcova de la imaginación, un poco monstruosamente; con ella elabora un universo tramposo, exclusivo, inverificable que -- como el creado por Dios-- suele acabar aniquilándose a si mismo.
El suicidio o la locura son dos formas del Apocalipsis individual: la venganza de la soledad.
Pero este es otro asunto. Lo que quería explicar es que amo la mentira, la adoro, me alimento de ella y ella es, si tengo alguna, mi mayor virtud.

Miento, de proponérmelo, con maestría ejemplar, casi genialmente.
Y esta noche puse toda mi alma en el engaño.
El me creía rico y caprichoso, pues bien: lo fui.
A medida que yo hablaba bebíamos sin interrupción, y a medida que bebíamos, mi palabra se hacía más exacta, más convincente, más brillante.
Lo engañe, pobre viejo, lo engañe y lo emborraché como si fuera un chico.
De todos modos, no puedo arrepentirme de esto.
Conté una historia inaudita, febril, en la que yo era (como él quiso) uno que no entraría aunque un escuadrón de camellos se paseara por el ojo de la aguja.
Mi fortuna venía de generaciones. Jamás, ni con el más prolijo y concienzudo derroche, podría desembarazarme de ella; esta forma de vivir que yo llevaba --él lo había adivinado-- no era más que una extravagancia, una manera de quitarme el aburrimiento.
El viejo, poco a poco, empezó a odiarme. Y yo, mientras improvisaba, iba llenando una y otra vez nuestras copas.
Ennoblecida por el alcohol, la idea aquella se gestaba cada vez más precisa, fascinante, yo haría feliz a ese pobre diablo.
Aunque todavía no sabía cómo.
De pronto dijo: --Pero, ?por qué señor, por qué...?
No acabó de hablar: no se atrevió.
Entendí que en ese instante me aborrecía con toda su alma.
Ah, si él, el mugriento vagabundo, hubiese tenido una parte, apenas una parte de mi supuesta fortuna.
Sí, yo sabía que él pensaba esto; yo sabía que ahora solo pensaba en una aldea lejana, en un chico de mirada transparente y pelo como trigo joven.
Sin responder, me puse de pie.
Fui a buscar las dos últimas botellas que nos quedaban.
Le estaba dando la espalda ahora, pero podía verlo: inconscientemente su mano se había cerrado sobre el mango de un cuchillo que había sobre la mesa, pobre viejo.
Ni siquiera pensaba que, de una sola bofetada, yo podía arrojarlo a la calle despatarrado por la escalera.
Empezaba, el también, a ser una persona.
De golpe, volví a la mesa: sus dedos se apartaron.
Dije: --¿Sabes por qué?
¿Querés saber por qué?...

Bebimos.
Hubo un silencio durante el cual miré rectamente sus ojos; después, bajando la cabeza como aplastado por el peso de lo que iba a decir, agregué con brutalidad:
--¿Sabes lo que es el cáncer, vos?

El viejo me miraba.
Apoyé las manos sobre la mesa y, con mi cara al nivel de la suya, dije:
-- Por eso.
Porque yo también soy un pobre infeliz que no se anima a partirse la cabeza contra una pared.

El viejo, que me había estado mirando todo el tiempo, de pronto comprendió lo que yo quería decir y sus ojos se hicieron enormes.
Concluí secamente: -- Por eso.

-- Quiere decir...
-- Quiero decir que estás hablando con uno que ya se murió. ¿Entendés?
Y entonces, ni toda mi plata ni toda la plata de veinte como yo, van a poder resucitarme --me erguí, hablaba con voz serena y contenida--.
Por eso vivo lo poco que me queda como mejor me cuadra.
Yo no pertenezco al mundo, viejo.
El mundo es de ustedes, los que pueden proyectar cosas, lo que tienen derecho a la esperanza, o a la mentira.
Yo soy menos que un cadáver.
Mis últimas palabras eran tal vez demasiado teatrales, pero Franta no podía advertirlo.
-- Calle usted, señor... --murmuró aterrado.
Entonces, súbitamente, di el toque final a la idea que me torturaba: -- Un cadáver --dije con voz ronca- que ahora, por una casualidad en la que se adivina la mano de Dios, acaba de encontrar un motivo para justificarse.
De pronto, la noche del puerto se hizo, fiesta.
En todos los muelles las sirenas empezaron a entonar su histérico salmodio y el cielo reventó de petardos. Brindamos con los ojos húmedos. Fuegos multicolores se abrían en las sombras, desparramando sobre el mundo extravagantes flores de artificio.
Fue como si una enloquecida sinfonía universal acompañara mis últimas palabras absurdas y solemnes.
-- Por Dios, Franta --dije, y creo que gritaba--; por ese Dios en el que vos no crees y que acaba de nacer para todos los hombres, yo te juro que toda mi fortuna servirá para que vuelvas a tu tierra.
Es mi reconciliación con el mundo.
Vas a volver viejo, y vas a volver como un hombre.
La Nochebuena se ardía.
Pitos, sirenas y campanas se mezclaban con los perfumes nocturnos y entraban en tumulto por la ventana abierta.
A nadie le importaba, es cierto, el muchachito que pataleaba en el pesebre, pero todos querían gozar del minuto de felicidad que les ofrecía, él también, con su maravillosa patraña.
En la tierra bajo la estrella, los hombres de buena voluntad se emborrachaban como cerdos y daban alaridos.
Franta me miró un instante.
Sus ojos brillaban desde lo más profundo, con un brillo que ya no olvidaré nunca: me creía.
Me creía ciegamente.
En un arrebato de gratitud incontenible me besó las manos y balbuceo llorando:
-- No te olvidaré mientras viva.
Me había tuteado.
Había dejado de ser la bestia sometida y mustia.
Era un hombre: yo habia cumplido mi obra.
Su cabeza cayó pesadamente sobre la mesa. Estaba borracho de alcohol y de sueños.
En esa misma posición, se quedó dormido.
Soñaba que volvía a la pequeña aldea de colinas grises y acariciaba unos caballos rubios y miraba unos ojos tan claros como el cielo del mediodía.

Con todo cuidado retiré mis manos de entre las suyas, y me levanté, tambaleante.
Tu cabeza era suave y blanca, viejo; yo la había acariciado.
Después levanté el pesado candelabro de plata.

Amorosamente, con una ternura infinita, poniendo toda mi alma en aquel gesto y sin meditar más la idea que desde hacía un segundo me obsesionaba, dije:
Feliz Nochebuena, Franta. Y le aplasté el cráneo.

Muchacha de otra parte

Cuando me contestó que no era de acá, yo pensé, sin demasiada imaginación, que estaba hablando de Buenos Aires.
Es el destino, le dije, yo tampoco soy de acá, y agregué que era un buen modo de empezar una historia de amor.
Ella me miró con una expresión que sólo puedo describir como de desagrado, como suelen mirar las mujeres muy jóvenes cuando el tipo que está con ellas y al que acaban de conocer dice alguna estupidez.
La edad, más tarde, les enseña a disimular estos pequeños gestos helados, estas barreras de desdén, de ahí que asienten, consienten y a la larga hasta nos estiman, cuando lo que de veras sucede es que ha crecido y ya no esperan demasiado del varón.
Lo que estoy contando sucedió hace quince años, en otoño.
Sé que era otoño porque la encontré en Parque Lezica y una de las primeras cosas que dijo fue que el camino del puente siempre está cubierto de hojas, como este sendero de la plaza.
Le pregunté que puente, y ella me lo describió.
Al bajar del tren, tomando a la derecha, hay un camino con una doble hilera de plátanos, en seguida está el puente de madera.
Después habló de los medanos.
Yo no le presté mucha atención.
Estaba considerando seriamente si esa chica me gustaba o no, lo que sólo podía significar que no me gustaba, cosa que (hoy lo sé) era realmente la peor manera de empezar una historia de amor.
No hay más que ir descubriendo virtudes, transparencias, hermosuras parciales en una mujer, para que esa mujer se transforme en una fatalidad.
Ya he cumplido cincuenta años; ella, hoy, no tendría más de treinta.
Con esto quiero decir que la noche del parque andaría por los dieciséis, aunque no sé por que escribo que hoy no "tendría".
Tal vez porque sólo la concibo como era entonces, una adolescente un poco demasiado intensa para mi gusto, más bien sombría, alta, de pelo muy negro y piernas delgadas.
No había nada en su rostro, salvo quizá la nariz, que llamara mucho la atención.
Tenía eso que suele describirse como una nariz imperiosa.
Sus ojos, vistos de frente, no eran grandes ni de uno de esos colores hipnóticos e inhallables como el malva, por ejemplo, ni siquiera verdes.
Vivió a mi alrededor durante dos años y no tengo ningún recuerdo sobre el color de sus ojos.
Tal vez fueran pardos, aunque podían virar a un tono más oscuro que los volvía casi negros.
O acaso esta impresión la daban sus pestañas, y por eso he dicho que sus ojos, vistos de frente, no tenían nada de particular.
Vistos de perfil, en cambio, eran asombrosos.
Y esta fue la primera belleza parcial que descubrí en ella. La segunda, fue el pie.
No hay en todo el arte gótico un modelo adecuado para un pie desnudo como el que se me reveló esa misma noche en uno de los hoteles de las cercanías del parque.
Imagino que alguien estará pensando que, si ella tenía dieciséis años, su aspecto no debía ser muy infantil, o no la hubieran dejado entrar en un hotel conmigo.

Lo cierto es que nunca supe su edad real, parecía de dieciséis.
Y nunca dejó de parecerlo.
Claro que a esa edad crecer uno o dos años es lo mismo que crecer un día, así que no tenía por que cambiar demasiado, aunque ya hace mucho tiempo que empecé a preguntarme si su primera confesión de esa noche (no soy de acá) no significaba algo distinto de lo que yo imaginé.
Hay otros mundos, es cierto.
Son tan reales como este; y no diré ninguna novedad si aseguro que están en este.
En cuanto al hotel, requiere alguna explicación.
En esa época las mujeres usaban aquellos bolsos enormes, tipo mochila.
Nunca supe qué metían ahí adentro; pero era como si se desplazaran por Buenos Aires con la casa encima, como los caracoles.
Lo increíble solía ser su peso.
Y bastaría reflexionar un segundo sobre el peso de aquellos bolsos de Pandora y sobre la cantidad de cuadras que eran capaces de caminar llevándolos a cuestas, para dudar seriamente de la fragilidad física de las mujeres, al menos de las de mi tiempo.
Si no fuera por la cara que tenés, te propondría ir a dormir a un hotel, le había dicho yo.
No creo haber pronunciado en mi vida una frase tan directa ni con menos intención de ser tomada en serio.
Ella me miró, frunciendo las cejas, como si considerase el aspecto práctico del problema.
Estábamos sentados en un banco de la plaza; ahí mismo abrió su bolso, sacó unos anteojos negros, sacó una impresionante capelina de paja, la restituyó a su forma original con dos o tres toques parecidos a pases mágicos, sacó unas sandalias doradas de taco más que mediano, que cambió rápidamente por sus zapatillas de tenis y sus medias de jugador de fútbol, se puso la capelina y me dijo:
"Vamos."
El poder mimético de las mujeres no es un descubrimiento mío.
Con poseer dos o tres atributos básicos, cualquier chica que ordeña vacas puede transformarse en condesa, si la visten adecuadamente; y la historia del mundo prueba que esto ocurre a cada momento.
Unos segundos antes yo tenía sentada a mi lado a una adolescente de pantalones bombachudos, chiripa y zapatillas de delincuente juvenil; ahora tenía, de pie frente a mí, a una altísima joven de babuchas más o menos orientales, capelina, chal sobre los hombros y anteojos negros.
Una actriz de cine dispuesta a no revelar su identidad o una princesa de la casa de Mónaco viajando de incógnito por la Argentina.
En la media luz violeta de la conserjería del hotel, era realmente un espectáculo sobrecogedor.
Acaso aún parecía algo joven; pero nadie en el mundo se hubiera atrevido a importunarla preguntándole la edad.
De más está decir que a estas alturas el bolso faraónico lo cargaba yo.
Ella llevaba en la mano una carterita, que luego resultó ser de útiles relativamente escolares y que podía pasar por ese otro tipo de objetos misteriosos, por lo liliputiense, que las mujeres llevan a las fiestas y que acaso contiene un pañuelito de diez centímetros cuadrados, un geniol, una estampilla.
Subimos y caí extenuado sobre la cama, a causa de la mochila.
Y ahora tal vez debo decir que he visto desnudarse a algunas mujeres.
No tantas como me gustaría hacerle creer a la gente; pero he visto a algunas.
Nunca vi a ninguna que se desnudara, por primera vez, como ella.

Ni artificio ni cálculo ni erotismo: se desvistió como una chica que se va a pegar un baño, cosa que por otra parte hizo.
Cuando por fin se acercó a la cama, envuelta en un toallón, yo dije la segunda de las muchas estupideces que iba a decirle en mi vida.
Le pregunté cuántas veces había practicado el número transformista de las sandalias, los anteojos y la capelina.
No recuerdo si habló; recuerdo que abrió los ojos y se llevó las manos al pecho, como si se ahogara.
Las pupilas le brillaban en la oscuridad como las de un animal aterrorizado.
En más de una ocasión sospeché que estaba algo loca o que no era del todo real;
esa noche fue la primera.
Calmarla me llevo mucho tiempo; acostarme con ella, también.
Más tarde le pregunte por que había aceptado venir.
"Por el modo en que me lo pediste", dijo sonriendo.
Lo que pasó esa noche, lo que pasó hasta la madrugada de ese día y de otros días, prefiero no recordarlo con palabras.
Lo que una mujer hace con un hombre, cualquier mujer lo ha hecho y lo hará con cualquier hombre.
Sólo los imbeciles creen que esa fatalidad es la pobreza del amor, no saben que ahí reside su eternidad, su linaje, su misterio.
Tal vez no todas las mujeres murmuran casi con odio no soy de acá, no soy de acá, cuando el sexo las pierde en esa región que sólo ellas conocen; pero, digan o callen lo que quieran, cualquier hombre ha sentido que cuando por fin todo termina parecen volver de otro lugar.
Ella, a veces, me lo describía.
Hay allá la cúpula de una pequeña iglesia, que se ve entre los árboles si uno se detiene en el lugar adecuado del puente.
Hay a veces un arroyo de aguas traslúcidas entre cuyas piedras nadan pececitos negros, que acaso son pequeños renacuajos, aunque a ella esa idea le resultara desoladora.
Otras veces no había arroyo, y sí largas veredas arboladas de moras.
Sólo una vez hubo un faro.
Esas inesperadas variantes, que al principio me parecían caprichos, distracciones o mentiras, dibujaron con el tiempo un mapa preciso que ahora yo puedo reconstruir árbol por árbol, casa por casa, médano por médano.
Porque los médanos estaban siempre, en sus palabras y en sus sueños.
Como estaba siempre el camino de los plátanos dobles, cubierto de hojas y, al terminar ese camino, el puente de madera desde donde se ve el campanario de la pequeña iglesia.
De la primera noche no recuerdo estas cosas, sino de otras noches, en las que volvíamos de un cine de barrio, caminábamos por el puerto y nos despertábamos en mi departamento o en cualquier hotel donde la capelina había sido reemplazada por un vestido rojo de escote escalofriante y los ojos maquillados como un oso panda.

Sé que lo que voy a escribir ahora suena pueril, novelesco, demasiado fácil de ser escrito; pero nunca supe su verdadero nombre.
Tampoco supe dónde vivía ni con quién.
Con un abuelo muy viejo, me dijo a desgano una tarde en que insistí casi con enojo.
El abuelo, por lo menos esa tarde, estaba casi ciego y apenas tenía contacto con la realidad, lo que significaba que ella podía volver a cualquier hora y hasta faltar de la casa uno o dos días, con tal de no dejarlo morir de hambre.
Una madrugada le propuse acompañarla.

Me preguntó si estaba loco.
Qué iba a pensar la tía Amelia si la veían llegar con un hombre que era casi una persona mayor después de haber faltado un día entero de su casa.
Esa noche me había hablado del faro; me desperté de golpe y la vi sentada en la cama, mirándome desde muy cerca, con los ojos muy abiertos.
"Volví a soñar con el faro", me dijo.
Yo dije que no era cierto y la oí gritar por primera vez.
"Qué sabes de mí", gritó.
"No sabes nada de mí.

Volví a soñar con el faro y era el faro al que iba a jugar cuando era chica; ahora ya no está, pero era el mismo faro."
Le conteste que no era posible que hubiese vuelto a soñar con un faro, ya que nunca me había hablado antes de ningún faro.
Me miró con rencor, después me miró con miedo.
Comenzó a vestirse y parecía desconcertada.
"No puedo haber soñado con el faro", dijo de pronto.
"Lo inventé todo."
Ésa fue la madrugada en que le propuse acompañarla y ella me habló de la tía Amelia.
Le hice notar que hasta hoy había vivido con el abuelo.
Me miró sin ninguna expresión, o quizá con la misma mirada desdeñosa del primer día.
"No voy a volver a verte nunca más", me dijo.
Y, por un tiempo, no volvió.
Si no hubiera vuelto nunca, tal vez yo ahora no estaría buscando el pueblo que está más allá de la arboleda y el puente; pero un día, al llegar a mi departamento, la encontré sentada en mi cama.
Miraba fascinada una revista de historietas y estaba comiendo una torta de azúcar negra.
Tenía el pelo más largo.
Levantó una mano y, sin apartar los ojos de la revista, me saludó moviendo apenas los dedos.
No tuve tiempo de asombrarme porque sucedieron dos cosas.
Verla ahí, tan irrefutable y casual, me hizo tomar conciencia de que si ella no hubiera vuelto yo no habría tenido manera de encontrarla.
La otra, fue algo que dijo.
Yo le había preguntado dónde estuviste todo este tiempo, y ella, con distraída alegría, contestó de inmediato:
"En casa."
No fueron las palabras, sino el tono con que las pronunció.
Supe que no hablaba de la casa del abuelo ciego o la tía Amelia, admitiendo que existieran.
Ni siquiera pensaba la palabra casa en el mismo sentido que yo, en el sentido convencional de objeto para habitar.
Había dicho casa como una sirena diría que ha vuelto unos meses al mar.
Iba a preguntarle cómo había entrado pero me callé.

Desde ese día aprendí a callarme.
Para empezar, me resultaba un poco alarmante admitir que su casa, su casa real, en algún barrio de Buenos Aires, me importara mucho menos que el lugar con el que soñaba y del que me hablaba a veces, como si hablara en sueños, sin poner ninguna atención en que ciertos detalles descriptivos coincidieran o no.

En segundo lugar, noté algunas cosas que podría haber notado mucho antes, lo que de paso agravó mi temor retrospectivo, el miedo inesperado de lo que podría faltarme si ella no hubiera vuelto.
Me di cuenta, por ejemplo, de que la quería, y me parecía inconcebible haberlo descubierto gradualmente.
También me di cuenta de que no había que hostigarla con preguntas, ni atemorizarla.
La violencia le daba miedo, y la ironía y la vulgaridad la llenaban de tristeza.
Hoy sé que cuando un hombre comienza a tener en cuenta estas cosas mejora mucho su visión general de la vida o se vuelve idiota.
Yo sigo pensando que la vida es horrible; tal vez por eso estoy buscando el pueblo.
Una o dos semanas después de ese regreso me preguntó, por primera vez, qué me pasaba.
No era de hacer este tipo de preguntas, lo que bien mirado podía ser un rasgo de egoísmo infantil, en el que la palabra infantil explica, mejor que ninguna otra cosa, lo que digo más arriba sobre la visión generosa del mundo y la idiotez.
Tuve una intuición súbita y le dije que no, que no me pasaba nada, que sólo estaba pensando en si habría vuelto a ver el faro cuando estuvo allá.
Después la tomé del hombro y le señalé el baldío de una demolición.
Mira aquella pared, le dije, con los dibujos que quedan en la medianera uno puede reconstruir cómo era la casa.
"Sí", dijo, "es cierto, pero no se puede saber si eso es lindo o triste.
No, el faro no está más y yo creo que nunca lo vi, debe ser una de esas historias que me cuenta el abuelo".
Le pregunté por qué habrían plantado una hilera doble de moreras a los costados del camino.
Se rió y me preguntó de qué estaba hablando.
"No son moras", dijo, "son plátanos altísimos y viejísimos, la calle de las moras es la de la vieja Eglantina, la que nos regalaba semillas de mirasol".
Yo insinué que los médanos, al correrse con el viento, debían taparlo todo.
Seguía riéndose.
Los médanos están hacia el otro lado, como quien sale del pueblo.
Y no tapan las casas pero es cierto que se mueven, a la noche, y cuando uno despierta todo está cambiado y es como si el pueblo entero se hubiera ido a otro lugar.
Se calló.
Me estaba mirando con desconfianza, no lo sentí en sus ojos, que no veía, sino en la rigidez de su piel bajo mi mano.
Era como si cualquier lugar de su cuerpo estuviera tramado con la misma materia sensible e intensa.
Le dije que tenía sueño, que tal vez debiera ponerse la capelina.
Me dijo que no había traído la capelina ni los anteojos negros ni las pinturas y que odiaba los hoteles.
Iba a contestarle que la última vez no parecía odiarlos tanto, pero reconocí con cautela que, si lo pensaba un poco, yo también les tenía rencor.
Caminamos hacia mi departamento.
Yo subo, le dije en la puerta.
Me siguió.
Cuando llegamos al dormitorio tuve otra intuición.
Y ahora te pones la capelina y me mostrás el pie.
Volvió a reírse.
Y, por lo menos esa noche, sentí que a veces poseo cierta habilidad natural para hacer bien algunas cosas.

Todos tenemos tendencia a creer que la felicidad está en el pasado.
Yo también he sentido que algunos minutos de ese tiempo fueron la felicidad, pero no podría vivir si pensara que todo lo que se me ha concedido ya sucedió.
Un día de estos voy a envejecer de golpe, lo sé; pero también sé que si cruzo aquel puente ella podrá reconocer mi cara.
Ya conozco el lugar como si yo mismo hubiera nacido en él, no con exactitud porque la memoria altera, sustituye y afantasma los objetos, pero con la suficiente certeza como para saber cuáles son sus formas esenciales.
Una vez leí que todos los pueblos se parecen.
El que escribió eso debe odiar a la gente.
No hay un solo pueblo, tenga médanos o no, que sea idéntico a otro, porque es uno el que inventa sus lugares, levanta sus casas, traza sus calles y decide el curso de sus arroyos entre las piedras.
Todos los que no somos de acá, sabemos esto.
Me costó más de cuarenta años aprender esta verdad, que una alta chica loca de pie árabe conocía a los dieciséis.
Cuando ella por fin desapareció, yo todavía ignoraba estas cosas, pero ya conocía los detalles, la topografía, el color del pueblo.
A las siete de la tarde, en otoño, uno entrecierra los ojos en los médanos, y es como una ceniza apenas dorada.
Cuando existe el arroyo, la zona del puente, a la noche, parece un cielo invertido, de un azul muy oscuro, móvil, porque las luciérnagas se reflejan en el agua y es como si las constelaciones salieran de la tierra.
Hay dos molinos.
El viejo Matías tiene un caballo matusalénico, de más de treinta años.
"Tiene casi tu edad, Abelardo", me dijo alarmada una de las últimas noches que nos vimos.
Yo le contesté que los caballos, por lo menos en algún sentido, no son siempre como las personas.
Ya he dicho que el tono irónico la molestaba o la desconcertaba.
"Por qué decís en algún sentido", me preguntó.
Yo estaba cansado y algo distraído esa noche, hice una broma acerca del comportamiento sexual que ciertas jóvenes de su edad consideraban natural en el varón.
Tardé una hora en explicarle que era una broma, y otra hora en convencerla de que debía acostarse conmigo.
El cansancio produce efectos paradójicos, el pudor herido de las mujeres también.
Aquello fue como ser sacrificado y asesinar al mismo tiempo a una deidad loca, como cambiar el alma por un cuerpo y vaciarse en el otro y llenarse de él y despertar diez veces en un cielo y en un infierno ajeno.
Lo que aún no conocía del lugar, lo conocí esa noche.
No sólo porque ella habló horas en el entresueño, sino porque lo vi. Lo vi dentro de ella mientras yo era ella. Cuando se despertó, a las cuatro de la mañana, simulé estar dormido. Cuando salió de casa, me vestí a medias, me eché un sobretodo encima y la seguí. El cansancio me daba la lucidez y la decisión de un criminal.
No era sólo el afán de saber adónde iba cuando me dejaba; era la voluntad de recuperarla cuando no volviera. Porque esa noche supe también que, por alguna razón, aquello no podía durar mucho tiempo más, y que ella, sin saberlo, decidiría el momento de la separación.
Vi su casa, su casa real, en un sórdido y real barrio casi en el límite de Buenos Aires.
Era una casa baja, en una cuadra de tierra de esas que aún quedaban, o todavía existen, por la zona de Pompeya.

Tenía una verja de alambre tejido y, al frente, un jardín con malvones y un arbolito raquítico.
Ella cortaba algo del arbolito y lo iba poniendo en la palma de su otra mano.
Después se llevó la palma de la mano a la boca y entró en la casa sin encender la luz.
Esperé más de una hora y no volvió a salir. Ahí vivía y no sabía que la había seguido.

Cuando llegué a mi departamento iba repitiendo el nombre de la calle y la numeración de la cuadra.
No era ese el modo de volver a hallarla, pero uno se aferra hasta el último momento al consuelo de lo real.
Volví a verla, por supuesto; algunas veces.
Nada cambió. Ni los cines de barrio ni los encuentros en el parque ni siquiera el rito de la capelina en los hoteles.
Un día me dijo que el abuelo estaba muriéndose, y supe, por fin, lo que ni ella sabía: que ya no iba a verla más.
Dejé pasar un tiempo y fui hasta Pompeya. Pensé algo en lo que no había pensado hasta ese momento.
Me van a decir que no la conocen, que nunca la vieron.
La conocían, sin embargo. La chica del pelo negro, que visitaba al abuelo de la casa amarilla.
Ya no andaba por allí, a decir verdad no vivía en la casa, venía y se iba, y cuando murió el señor no volvió más.
Pregunté por la tía Amelia. Nunca hubo una tía Amelia, eran ellos dos.
En realidad, él solo; la chica venía a veces. Y es todo.
Esto fue hace quince años; desde hace diez estoy buscando el pueblo. Sé que existe, porque ella soñaba con él y sabía cómo se llega.
Tengo también otras razones, que ustedes no compartirán.
En una cortada de tierra, en Pompeya, vi unos plátanos.
El árbol del jardín de la casita era una mora.

"Muchacha de otra parte" pertenece a Las Maquinarias de la noche